



ESTO SON LENTEJAS • ISABEL BERNARDO FERNÁNDEZ

Blogueras

ME cuentan que se cuentan por cientos. Que llegan en coche con conductor privado, siempre solas, en apariencia liviana –casi ingravida– aunque ágiles y escurridizas como corzas. Que se hacen llamar Brunilda, Melinda, Casilda... ¡qué más da! Lo que importa es redireccionar el nombre real por un seudónimo corto y fácil de recordar. Porque ellas son las blogueras, las influencers, las it girls, las instagrammers, las tuitstars, las plus size... Las que manifiestan haber democratizado la moda; las que dicen ser frivolidad sin ideología; las que planifican al dedillo sus apariciones públicas porque se saben lo más figado en la red; las que esperan que se las espere con expectación; las que ocupan las primeras filas y se hacen foto indispensable de todos los saraos.

Hacía diez años que no pisaba la pasarela en Madrid Fashion Week como espectadora y confieso que he salido de allí con desapacible y extraño escalofrío. Cuesta

creer que esta pléyade de jovencitas de traza frágil y piernas larguísimas, arrastre tras su sombra tantos miles de admiradores entusiastas, cuyo único deseo es ser el clon de su bloguera favorita. Porque ya no

Hacía diez años que no pisaba la pasarela en Madrid Fashion Week como espectadora y confieso que he salido de allí con desapacible y extraño escalofrío

importa lo que vistan las maniqués del desfile. Lo que importa es lo que lleven las blogueras, el aleteo de libélula de sus pestañas postizas, sus aliños alambicados, sus virtuosas extravagancias y un sinfín de

gestos y morritos ensayados durante horas en el espejo, porque hay que saber cómo morder públicamente un tallo de apio cuando se sabe que todos y todas te están mirando. ¡Ay! Creo que he perdido la perspectiva. Yo me he quedado en el túnel del tiempo del espejo de Azorín. En aquel que aun permanece colgado al fondo de la pared del restaurante Lhardy –un tanto oxidado y crepuscular– y por donde el escritor alicantino decía que uno se esfuma a la eternidad. Por los espejos de las blogueras nada puede fugarse. Porque todo se asoma para quedarse, ser visto por muchos y generar rentabilidad. Las cifras de las que se habla son de vértigo. Pero mejor dejar todo esto ahí. Afortunadamente un Alvia me devolvió a la pródiga quietud de mi ciudad. Tengo por delante un año lleno de actividades y Cultura con mayúsculas. Ocho siglos de Universidad alimentan mejor y son más antioxidantes que una década de blogueras. Y además, sin tener que morder la amargura del apio.